

Kamchatka

Revista de análisis cultural

N.13

Topografías de la memoria: de usos y costumbres en los espacios de violencia en el nuevo milenio

Coordinadoras: Marisa González de Oleaga
Carolina Meloni González

TOPOGRAFÍAS DE LA MEMORIA:

DE USOS Y COSTUMBRES EN LOS ESPACIOS DE VIOLENCIA EN EL NUEVO MILENIO

KAMCHATKA. REVISTA DE ANÁLISIS CULTURAL 13 (2019)

Monográfico coordinado por MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA Y CAROLINA MELONI

MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA Y CAROLINA MELONI. Topografías de la memoria: de usos y costumbres en los espacios de violencia en el nuevo milenio.	5-9
1. EL DEBATE SOBRE LOS LUGARES Y ESPACIOS DE MEMORIA	
CHRISTIAN DÜRR. Acusación y terapia: los Gedenkstätten en Alemania y Austria y los sitios de memoria en Argentina.	13-29
ANA GUGLIEMUCCI, LORETO LÓPEZ. Restituir lo político: los lugares de memoria en Argentina, Chile y Colombia.	31-57
LUCIANA MESSINA. Lugares y políticas de la memoria: notas teórico-metodológicas a partir de la experiencia argentina.	59-77
2. ESPACIOS DE MEMORIA EN CONTEXTO: EL CASO ARGENTINO	
LUDMILA DA SILVA CATELA. Humanidades, un lugar contra el olvido. Etnografía sobre la tradición de las marcas de memoria y la revolución de las palabras en La Plata-Argentina.	79-95
AGUSTINA CINTO. El ex centro clandestino de detención Servicio de Informaciones como lugar de memoria en la ciudad argentina de Rosario: memoria(s) disputada(s) e institucionalización/normalización de las memorias.	97-115
MARISA GONZÁLEZ DE OLEAGA. ¿La memoria en su sitio? El museo de la Escuela Mecánica de la Armada.	117-162
FLORENCIA LARRALDE ARMAS. Cartografiar las marcas: intervenciones, disputas y transgresiones en el Espacio para la Memoria ex ESMA.	163-194
MARIANA EVA TELLO, EMILIANO CARLOS FESSIA. Memorias, olvidos y silencios en las propuestas museográficas en el espacio para la memoria “La Perla”.	195-224
3. POLÍTICAS DE LA MEMORIA Y EL OLVIDO EN ESPAÑA	
PALOMA AGUILAR FERNÁNDEZ. El primer ciclo de exhumaciones y homenajes a fusilados republicanos en Navarra.	227-269

MARÍA LAURA MARTÍN CHIAPPE. Fosas comunes de mujeres: narrativas de la(s) violencias y lugares de dignificación.	271-297
QUERALT SOLÉ BARJAU, XAVI LÓPEZ SOLER. El Valle de los Caídos como estrategia pétrea para la pervivencia del franquismo.	299-317
4. NARRATIVAS DE LA VIOLENCIA, TESTIMONIOS Y POLÍTICAS DEL DUELO EN LOS ESPACIOS DEL HORROR	
PAMELA COLOMBO. (Des)habitar: la inscripción espacial de la desaparición forzada en la casa.	319-340
CAROLINA MELONI GONZÁLEZ. Fenomenología de un necrolugar. Huella, memoria y trauma en la provincia de Tucumán (Argentina).	341-371
CONSTANZA CATTANEO, EZEQUIEL DEL BEL, SOFIA ALEJANDRA NEDER, BRUNO LUCIO SALVATORE. Las doctrinas militares: la reprisión política en Tucumán, Argentina (1975-1977).	373-394
NIKOLINA ZIDEK. Topografías imaginarias y materialidades sucedáneas: la memoria de Bleiburg en la diáspora croata en Argentina después de la Segunda Guerra Mundial.	395-414
5. ESTÉTICAS, RECONCEPTUALIZACIONES Y REAPROPIACIONES DE LOS LUGARES DEL HORROR: EL CASO CHILENO	
PAULA ALEJANDRA ARRIETA GUTIÉRREZ. Representar la historia. Notas sobre la imagen del bombardeo al Palacio de La Moneda y sus usos simbólicos	417-436
CAROLINA AGUILERA. Conmemoraciones a los caídos en dictadura en lugares marginales de la ciudad. Larga duración y translocación en el Monumento de la Población La Legua, Chile	437-463

Imagen de portada: fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli
(interior del centro de detención clandestina Arsenal Miguel de Azcuénaga).

Diseño de portada: Hernando Gómez Gómez.

FENOMENOLOGÍA DE UN *NECROLUGAR*. HUELLA, MEMORIA Y TRAUMA EN LA PROVINCIA DE TUCUMÁN (ARGENTINA)

Phenomenology of a *necroplace*. Trace, memory and trauma in Tucuman province (Argentina)

CAROLINA MELONI

UNIVERSIDAD EUROPEA DE MADRID (ESPAÑA)

melonicarolina@yahoo.es <http://orcid.org/0000-0002-3600-5298>

RECIBIDO: 23 de septiembre de 2018 ACEPTADO: 7 de enero de 2019

RESUMEN: El presente artículo aborda las metodologías del terror utilizadas por los militares argentinos durante la última dictadura desde una perspectiva concreta: la producción de lugar. Analizaremos, para ello, las modificaciones, operaciones y cambios espaciales que produce un régimen dictatorial en el espacio vivido de las personas que lo sufren y sobre las cuales se ejerce una violencia desmedida. Proponemos, en este sentido, el concepto de *necrolugar* para aquellos emplazamientos en los que se produjo muerte de manera planificada, siendo parte de una tecnología genocida concreta. Y, desde ese concepto, nos preguntamos por los efectos que dichos lugares tienen en la actualidad, así como en la construcción de la memoria colectiva. Por último, presentamos un archivo de fotografías de distintos centros clandestinos de detención, tortura y exterminio de la provincia de Tucumán. A la luz de las mismas, se interrogará por esas huellas mnémicas que los espacios de violencia contienen en su interior, huellas que necesariamente se proyectan hacia nuestro presente

PALABRAS CLAVE: dictadura argentina; memoria traumática; genocidio; geografías del terror; espacios de violencia.

ABSTRACT: The present paper addresses the system of terror used by the Argentinian military during de last dictatorship from a very specific point of view: the construct of place. We analyze the modifications, operations and spatial changes produced by a dictatorship in the spatial environment of the people who suffered that regime and who were subjected to extreme violence. In this regard, we propose the concept of *necroplace* for the sites of planned murder that played a part in a specific genocidal system. On the basis of this concept we ask what effects these places continue to expert on the collective memory. Finally, we present a collection of photograpgs of different clandestine detention torture and extermination centres in the province of Tucuman. I the light this potos, we explore the memory traces these places of violence contain, traces that necessarily project themselves towards our present.

KEYWORDS: Argentinian dictatorship, traumatic memory, genocide, geographies of terror, places of violence.

Meloni, Carolina.

“Fenomenología de un *necrolugar*. Huella, memoria y trauma en la provincia de Tucumán (Argentina)”.

Kamchatka. Revista de análisis cultural 13 (Junio 2019): 341-371.

DOI: 10.7203/KAM.13.13078 ISSN: 2340-1869

TOPOGRAFÍAS DE LA MEMORIA: DE USOS Y COSTUMBRE EN LOS ESPACIOS DE VIOLENCIA EN EL NUEVO MILENIO

1. A MODO DE INTRODUCCIÓN: LA CORTEZA DE LA HISTORIA

“también el olvido deja su rastro”

Moritz Fritz

“Quien trate de aproximarse a su propio pasado sepultado debe hacerlo como un hombre que excava”

Walter Benjamin

Si tuviéramos que trazar la genealogía histórica de la última dictadura cívico-militar argentina, deberíamos focalizar nuestra mirada investigadora no tanto en las grandes fechas ni en los acontecimientos más destacados, sino más bien en esos primeros síntomas, a veces imperceptibles, que todo proceso histórico degenerativo comienza a evidenciar. Siguiendo, quizás, cierta metodología foucaultiana, tendríamos que abordar la historia marginalmente, desde determinados lugares, personajes o protagonistas secundarios que de alguna manera atestiguan cómo el poder y la infamia van gestando sus oscuras relaciones. En nuestro recorrido por dicha infamia deberíamos, entonces, retrotraernos a los años previos al golpe del 76, a aquellos oscuros meses en los que se firmaban decretos pseudo-democráticos de aniquilación y en los que los grupos parapoliciales cometían sus primeras hazañas y andanzas genocidas. Pero también sería preciso trazar una cartografía certera y rigurosa de lo que supuso esa geografía del horror, que cual red viscosa se fue extendiendo por toda la Argentina. Incluso, si fuéramos a la búsqueda de los orígenes, al centro neurálgico desde el que se desencadenó la tragedia, nos encontraríamos merodeando en los lindes territoriales del país. Lejos de la europea Buenos Aires, fueron los pueblos agrarios, aquellos que crecieron en torno a los ingenios y los cañaverales, los primeros en ser testigos del horror que políticos, militares, oligarcas y empresarios pactaban en secretas reuniones. Los acontecimientos históricos, tanto los excelsos como los más miserables, suelen gestarse gracias al silencioso trabajo de gestos, momentos y decisiones aparentemente arbitrarias y protagonistas mediocres que en un determinado contexto inician el cambio de paradigma. En este sentido, podemos afirmar sin dudar que el experimento genocida más cruento que tuvo lugar en Argentina durante los años 70 se originó en una pequeña provincia del interior del país, cuya pobreza, importada por los ávidos colonizadores y sus cañas de azúcar, generó décadas de revueltas, luchas obreras y campesinas y hasta grupos guerrilleros.

Situada a casi mil doscientos kilómetros de la gran Buenos Aires y de sus afrancesadas avenidas, la pequeña provincia norteña de Tucumán albergaba en su interior el germen del horror que se implantaría en el resto de Argentina a partir del año 76. Un año antes del golpe de estado, el llamado Operativo Independencia se instaura en Tucumán como laboratorio de pruebas de aquellas metodologías del terror y tecnologías represivas utilizadas posteriormente en el resto de provincias argentinas. Es en 1975 cuando el gobierno de María Estela Martínez de Perón firma los conocidos “Decretos de Aniquilamiento”, los cuales dan inicio al llamado Operativo

Independencia¹. Bajo la consigna de “neutralizar y/o aniquilar” a los elementos subversivos que atentaran contra la seguridad del estado, la maquinaria genocida se puso en marcha. Así, la provincia de Tucumán fue ocupada militarmente y sometida a un estado de excepción sin precedentes. No fue aleatorio que se eligiera esta particular provincia como “teatro de operaciones”² de lo que sobrevendría en el año 76. Tampoco es azaroso que el primer Centro de Detención Clandestina del país, la llamada “Escuelita de Famaillá”, comenzara a funcionar con su maquinaria desaparecedora en 1975 en Tucumán, un año antes de que se instaurara la Junta Militar en el gobierno de la Nación. La provincia más pequeña del país acarreaba una larga trayectoria de luchas obreras y estudiantiles. El sindicalismo combativo se había ido forjando a lo largo de la segunda mitad del siglo XX en los entornos de los trabajadores de la caña de azúcar, caracterizados por poseer las condiciones laborales más precarias y miserables de todo el país. Por otra parte, las características orográficas de la provincia, con una vegetación subtropical, propiciaron que en sus montañas se instalaran algunos grupos guerrilleros que llevaron a cabo operaciones notables como la toma de cuarteles o la liberación de pueblos del interior de la provincia. Así, la famosa compañía “Ramón Rosa Jiménez”, perteneciente al ERP, se instaló en las llamadas zonas del “monte”, con parajes selváticos situados en torno a pequeñas localidades del interior de la provincia. La toma de pueblos como Acherel y de algunos Ingenios, como el de Santa Lucía, fueron acciones que despertaron el interés y admiración de muchos lugareños, sindicalistas y obreros de la zafra y de los ingenios que se atrevieron a colaborar con la guerrilla. En este escenario complejo, Acdel Vilas³, jefe del Operativo Independencia, asume, rozando el delirio, como un verdadero “mandato divino”, emanado del propio Dios, la tarea de traer el orden y la paz a las hostiles tierras tucumanas, atestadas de guerrilla, insurgentes y enemigos de la patria. Según Crenzel, un año antes de que se instaurara de manera definitiva el golpe de estado, el Operativo Independencia ya había asesinado y desaparecido en Tucumán al 25% del total de las personas que aparecen en las cifras oficiales (Crenzel, 2010: 15).

Durante el mes de julio de 2018, acompañada del fotógrafo Juan Pablo Sánchez Noli, inicié un recorrido por distintos lugares de la provincia de Tucumán que fueron utilizados como

¹ El Operativo Independencia fue un período de la historia argentina de gran complejidad. Tanto es así, y debido a sus numerosos objetivos y funciones, que algunos investigadores prefieren abordarlo desde los años previos a 1975. Por ejemplo, el Grupo de Investigación sobre el Genocidio en Tucumán (GIGET), afirma en este sentido: “El Operativo Independencia es un fenómeno complejo que no se ajusta a la difundida definición que lo reduce a una ‘incursión militar previa a la dictadura’. Como todo acontecimiento histórico, condensa distintos procesos de corta, mediana y larga duración que se desarrollan a escala local, nacional y mundial [...] El Operativo Independencia no ‘inaugura’ la represión, sino que se monta sobre una serie de hechos previos como el asesinato de luchadores populares, las prácticas de torturas, la desaparición de activistas y la legitimación de la figura del ‘subversivo’” (Cruz, M. et al, 2010: 2-4). Para una mayor profundización de este periodo, remitimos, también, a las obras de Emilio Crenzel (2001; 2010) Santiago Garaño (2016) y Pamela Colombo (2011; 2013; 2017).

² La descripción de Tucumán como “teatro de operaciones” es utilizada por Acdel Vilas, responsable primero del Operativo Independencia, quien define la situación como un auténtico estado de emergencia. Para una mayor profundización en esta “alegoría” que marca el Operativo Independencia, remitimos a la lectura que realiza de la misma Santiago Garaño aplicándola a ese “imaginario represivo” que supuso “el monte” tucumano como núcleo neurálgico de la batalla librada contra la guerrilla (Garaño, 2016: 9).

³ Véase el controvertido e inquietante documento redactado por el propio Acdel Vilas como diario de batalla de su experiencia en Tucumán. Nos referimos al llamado *Manuscrito sobre el Operativo Independencia* (Bahía Blanca: 1977), en el que el comandante en Jefe del Ejército describe de manera minuciosa y detallada su misión y sus objetivos en esta castigada provincia.

engranajes de la maquinaria del horror y de la desaparición de personas. Con la intención de captar las huellas que estos lugares han ido dejando en el paisaje de esta castigada provincia, visitamos célebres centros de detención clandestina, como es el caso de la ya mencionada Escuelita de Famaillá, el Arsenal Miguel de Azcuénaga y la antigua Jefatura de Policía, así como fosas e inhumaciones clandestinas que sirvieron como lugares de ocultación, enterramiento o arrojamiento de cuerpos de los detenidos desaparecidos, tal es el caso del conocido pozo de Vargas. Bajo la silenciosa mirada de la cámara de fotos, recorrimos edificios situados en el centro de la ciudad de San Miguel de Tucumán; comprobamos además que muchas dependencias utilizadas durante la dictadura, no solo para alojar a los detenidos, sino incluso como salas de tortura, sirven actualmente como oficinas abiertas al público. Incluso, algunas de ellas fueron utilizadas hasta hace muy poco tiempo como escuelas o guarderías infantiles. Acompañados por arqueólogos, geólogos y peritos, asistimos a minuciosas explicaciones sobre el uso de muchos de estos lugares, sobre las huellas que dichos usos han ido dejando en paredes, muros, suelos, baños, hasta en la tierra y sus distintos estratos. Fuimos testigos, incluso, de que, en alguno de ellos, la fuerza de la naturaleza no ha cesado su trabajo y la maleza ha comenzado a devorar de manera silenciosa los restos de ese infame submundo que no hace demasiado tiempo funcionó en ese lugar. A la luz de este recorrido, intentaré trazar, desde unos determinados parámetros conceptuales, un esbozo de cartografía de esas huellas mnémicas que los espacios de violencia contienen en su interior y que necesariamente proyectan hacia nuestro presente. Visitar, fotografiar, contemplar hoy determinados lugares que no solo fueron testigos del horror, sino que sirvieron de manera planificada en la expansión del mismo, nos obliga a replantearnos una serie de cuestiones en torno a la memoria, el pasado y la construcción del presente. ¿Qué tipo de huella, de rastro o estela van dejando los lugares en los que se ejerció de manera indiscriminada violencia, tortura y muerte? ¿Acaso podemos, de alguna manera, representar, captar o exorcizar el horror que allí se vivió? ¿Qué función política cumplen, en este sentido, los espacios y lugares de memoria? ¿Cómo podemos redefinir el pasado, recuperar en cierto modo lo ocultado, hacer visible en un trabajo de reconstrucción de la memoria colectiva aquello que intentaron invisibilizar? ¿O estamos condenados, por el contrario, a lo indecible, a aceptar lo irrepresentable del horror, a la incapacidad del lenguaje mismo para transmitir lo ocurrido? Si, al visitar estos lugares de violencia, nos asomamos, como afirma Gatti, al mismo borde de lo decible, de lo pensable y de lo representable, es más que posible que no haya palabras ni imágenes que acudan en nuestra ayuda (Gatti, 2006: 29).

Los centros clandestinos de detención, los distintos edificios que fueron utilizados para semejantes cometidos (desde escuelas, ingenios, casas, fábricas, hasta destacamentos militares), las inhumaciones clandestinas en las que fueron arrojadas cientos de personas, se camuflan hoy en las ciudades argentinas tras el tráfico, el bullicio de los transeúntes, las villas miseria, la maleza, la basura o la simple dejadez, el olvido y la inercia institucional. Estos siniestros lugares, que podemos denominar *necrolugares*⁴, esto es, emplazamientos en los que se produjo la muerte de manera planificada, que forman parte de una tecnología genocida concreta (Feierstein, 2007), son una suerte de agujeros negros. Sin embargo, y a pesar del vacío representativo en el que nos sumen, la memoria logra emerger y resplandece de manera constante. El horror de estos

⁴ Analizaremos este concepto con mayor profundidad en epígrafe 3 de este artículo.

emplazamientos nos supone, en cierto modo, hacer un ejercicio de *alétheia* de la memoria, de desvelamiento potencial, de desocultamiento, en el que la verdad de lo ocurrido entra en escena. Tal y como supo definirlos, casi con injusta belleza, el fotógrafo chileno Christian Kirby, estos escenarios testigos de la violencia más infame, son como “cronotopos siniestros de absorción de luz”, marcas indelebles que, tras su fisonomía indiferente, producen en los espacios urbanos ciertos ecos o resonancias con efectos que no podemos controlar (Peris Blanes, 2017). De este modo, nos dice Gatti:

Invitando a lo invisible a pasar al frente del escenario, reconvirtiéndolo, rescatándolo del régimen al que se vio sometido, sacándolo del trastero del olvido, lo así adjetivado es bien cierto que reingresa al estatuto de las cosas-con-sentido. Y bien está. Y lo hace, también es cierto, con los honores de las cosas, fenómenos y personas que han adquirido el derecho al reclamo de justicia (Gatti, 2006: 31).

El presente artículo tiene un objetivo doble: en un primer momento, abordaremos las operaciones de aniquilación, así como la metodología del terror utilizada por los militares argentinos, desde una perspectiva concreta, esto es, la producción de lugar. Intentaremos, para ello, cuestionarnos, casi de una manera arqueológica, qué tipo de modificaciones, operaciones y cambios espaciales produce un régimen dictatorial y genocida en el espacio y el lugar de las personas que lo sufren y sobre las cuales se ejerce una violencia desmedida. Tal y como ha señalado Ulrich Oslender, los regímenes de terror tienen un efecto directo, introducen modificaciones geográfico-espaciales concretas, tanto en la forma de experimentar el lugar en el que vivimos como en nuestra vida cotidiana (Oslender, 2008). La violencia y el terror transforman el lugar; invisten el espacio que habitamos; lo contaminan y alteran, lo asedian y ocupan. La violencia ejercida de manera planificada y sistemática, desterritorializa y territorializa; genera nuevas prácticas sociales, nuevas relaciones, pero bajo otras consignas. Asimismo, abre y cierra flujos; compartimentaliza, genera espacios de encerramiento, de vigilancia, de sospecha. La violencia y el terror desorganizan y reorganizan el mundo y la vida, actuando como operadores sociales (Lampasona, 2010: 3). Actúan directamente en la producción afectiva, generando todo tipo de emociones y discursos simbólicos que modelan la subjetividad. En este sentido, crean lugares de terror, espacios espantados, aterrorizados, en los que la vida y la muerte se confunden. Son los llamados “paisajes del miedo” analizados por autores como Oslender, P. Colombo para el propio Tucumán (Colombo, 2017), o P. Ferrándiz para el caso español y las fosas franquistas (Ferrándiz, 2014). En este sentido, los análisis de estos autores nos servirán como marco conceptual y metodológico para perfilar y esbozar el concepto de “necrolugar”, al cual dedicaremos la primera parte del artículo.

Por otro lado, y como segundo objetivo, nos centraremos en nuestro recorrido en distintos centros clandestinos de la provincia de Tucumán. A la luz de los mismos, veremos las posibles

resonancias⁵ simbólico-sociales que estos necrolugares poseen en nuestro presente. Para ello, intentaremos abordarlos desde la certera definición que ha dado de estos lugares el artista alemán Horst Hoheisel, quien nos habla de ciertas “marcas de memoria” (son los así llamados por el autor *Denkzeichen*), especie de huellas que nos trasladan a una poética de los susurros y del silencio y que tienen un efecto concreto en las colectividades. En este caso, el marco conceptual del que partiremos no es otro que la llamada “fenomenología del lugar” esbozada tanto por G. Bachelard como por B. Waldenfels, para quien los lugares de memoria deben abordarse como inscripciones o huellas que resuenan en la memoria (Waldenfels, 2004: 23). En cierto modo, esa es la definición que da Bachelard de su metodología fenomenológica, cuando nos habla del “topoanálisis”, esto es, el análisis de cómo se alojan, en un sentido espacial del término, los recuerdos, repercutiendo en nuestro mundo (Bachelard, 1957).

En uno de sus textos más bellos y escuetos, titulado *Écorces* (2011), el filósofo francés George Didi-Huberman realiza un particular recorrido por las actuales dependencias de lo que fue el campo de exterminio de Auschwitz-Birkenau. Se trata, aparentemente, de un paseo turístico del autor realizado en el verano de 2011. La escritura, en una primera sensación demasiado descriptiva, va acompañada de fotografías un poco anodinas: cortezas, trozos de madera, una paloma, ventanas, suelos. Sin embargo, las detalladas explicaciones de los abedules que circundan lo que fue el campo, los pequeños lagos o las flores silvestres con las que va encontrándose el autor en su caminar esconden en su interior una siniestra verdad. Huberman nos obliga a mirar, a excavar y desenterrar la memoria con la paciencia y meticulosidad del arqueólogo. Las lluvias, el tiempo y el olvido han ido borrando muchas de las huellas del horror que en lugares como este se vivió y se ejerció. Sin embargo, como nos dice Huberman, estos suelos nos hablan y nos miran, exudan esquivas de huesos, pequeños fragmentos de seres humanos, cenizas que han ido poblando la tierra. Son, como los llama el autor, “la corteza de la historia”, aquella que mantiene las marcas indelebles de masacres, violencia y muerte y que, en cierto modo, nos impide caer en el letargo de la amnesia, la indiferencia y el olvido del presente. En la estela de esta arqueología del pensar, cuya tradición se remonta tanto a Freud como a Benjamin, nos atrevimos a visitar, observar y fotografiar ciertos lugares del horror de la provincia de Tucumán. Aquí los analizaremos precisamente como esto, en tanto que lugares, e intentaremos responder, desde el compromiso político con la memoria, por el significado y las consecuencias simbólico-materiales que posee un lugar, por la lógica de un lugar cargado de ignominia y muerte. Pues en definitiva, la pregunta por el lugar supone, en cierto modo, la pregunta por lo político.

⁵ Utilizo aquí el concepto de “resonancia”, tal y como es analizado tanto por Mariana Tello como por Bertotti y Vega Martínez en el sentido de “eco o reverberancia”, es decir, de aquellos sonidos o réplicas que la violencia, el terror o la propia desaparición de una persona producen en una sociedad concreta. Para Tello: “la metáfora de la resonancia resulta particularmente útil para graficar el efecto y la transmisión de lo percibido como un eco o una reverberancia que opera a nivel corporal” (Tello, 2016: 48). Según Bertotti y Vega Martínez, las resonancias producen “traumas sociales”, procesos que impactan en las colectividades dada su fuerza altamente desestructuradora (Bertotti y Vega Martínez, 2009: 6). También Bertotti, en referencia a la tecnología de terror aplicada por los militares argentinos, afirma lo siguiente: “el carácter bifronte de la tecnología, que muestra y esconde, constituye el núcleo en el que se sustenta el operador terror produciendo una multiplicidad compleja de efectos y resonancias sociales. Resonancia es una categoría interesante para pensar este proceso: qué sonidos –imágenes, representaciones- produce la desaparición forzada que replica, repercute en otros sonidos produciendo nuevos ruidos sociales” (Bertotti y Vega Martínez, 2009: 10).

2. *ABRIR LAS PIEDRAS*: TOPOGRAFÍAS DE LO EXTRAÑO

“¿Qué es el lugar? ¿A qué y a quién da lugar? ¿Qué es lo que tiene lugar bajo esos nombres?”

Jacques Derrida, *Kbôra*

En 1985, Claude Lanzmann estrenaba su documental *Sboah*, el cual marcó un hito no solo a nivel cinematográfico, sino también en la historia del documental-testimonial sobre el horror del holocausto. De forma perturbadora, *Sboah* nos sumerge en escenarios cotidianos, bosques, praderas solitarias, estaciones de trenes aún en funcionamiento, peluquerías o cafeterías emplazadas en ciudades contemporáneas. No hay, en las casi 10 horas de filmación, imágenes explícitas del terror nazi. Solo testimonios desnudos, voces de hombres y mujeres ordinarios, recuerdos y reminiscencias de un pasado aún latente en paisajes, lugares y objetos. Curiosamente, Lanzmann definió su trabajo, por muchos incomprendido, como la labor de un “geógrafo, de topógrafo” (Didi-Huberman, 1995: 36). Para Lanzmann, la intención no fue, en ningún momento realizar un film idealista, metafórico o narrativo de lo sucedido en esos años. Por el contrario, su finalidad era mucho más modesta, a la par que extremadamente complicada. Se trataba de volver a los lugares, a aquellos emplazamientos que fueron testigos de la atrocidad, el horror y la muerte. Lanzmann fue el primero en definir el concepto de “no-lugar de la memoria”, como aquellos lugares cotidianos, banales y prosaicos, nunca idealizados, nunca metaforizados, en los que el silencio que los envuelve es el síntoma más siniestro de lo que allí ha sucedido.

Lanzmann relataba que en su intento por narrar ese terrible acontecimiento que desafía la razón y el lenguaje, no paraba de filmar piedras... “*Abrir las piedras*”, “volver a los lugares, al silencio del lugar, y construir cinematográficamente la visualidad de ese silencio” (Didi-Huberman, 1995: 36). Una mera piedra, un bosque hoy vacío, un pozo de agua en desuso, son los únicos testimonios, los únicos testigos, bajo un silencio aterrador, de lo sucedido en estos lugares. La imperturbabilidad de esos siniestros emplazamientos se resquebraja ante la indiscreta cámara que nos los hace visibles. La imagen será el testimonio, el ojo de la historia y de la memoria. Por ello, según el propio Lanzmann, la simplicidad de una imagen, que puede ser un camino pedregoso, una vía de un tren, una señal que lleva a una antigua estación, debía contener una gran fuerza epidérmica que, de alguna manera, hiciera al espectador partícipe de lo inefable.

¿Por qué este empeño, esta obsesión por el lugar?, se ha preguntado en más de una ocasión Lanzmann. Recordemos que el documental está hecho precisamente de eso, de retornos, de visitas a bosques, praderas, ríos, de la mano de supervivientes. ¿Por qué, para qué volver al lugar? ¿Con qué intención visitamos determinados emplazamientos? Y, sobre todo, ¿cómo volver al lugar, al mismo en el que se ha sido testigo del horror? ¿En calidad de qué volvemos, como meros espectadores, visitantes o turistas? ¿O como víctimas o supervivientes que no han conseguido liberarse de la memoria de lo allí vivido? ¿Qué veremos en ellos? ¿Qué esperar de ese lugar? ¿Cómo podemos hacer para pensarlos, resignificarlos, dignificar esos “lugares reales imposibles, humanamente imposibles, éticamente imposibles”? (Didi-Huberman, 1995: 36). Modificados, destruidos, devorados por la naturaleza, los lugares que sirvieron para la destrucción de miles de personas, continúan siendo lugares. *Lugares pese a todo* (Didi-Huberman, 1995: 37), que nos miran, nos conciernen, nos interpelan desde sus inquietantes silencios. Y,

desde su actualidad, al recorrerlos, podemos sentir que la destrucción y la ignominia rozan nuestra piel, se pegan a nuestras ropas, envolviéndonos en una imperceptible bruma de dolor y muerte que nos perseguirá y acompañará durante días.



Fotografía 1: comido por la maleza, emerge ante nosotros la silueta espectral del Arsenal Miguel de Azcuénaga, el mayor centro de detención, tortura y exterminio de la provincia de Tucumán. Fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli.

Los campos de exterminio, los centros de detención, tortura y muerte, los espacios que fueron utilizados para el ejercicio de la violencia arbitraria, para la destrucción y la desaparición de cuerpos, interrogan y reclaman una política del lugar, una memoria de los lugares. Pero, ¿qué es, en definitiva, un lugar? Dos son, según Didi-Huberman, los aspectos que podrían definir este tipo de lugar: por una parte, un lugar de destrucción es una *figura*, en el sentido de desvío, elipsis, incluso *tropo*, que tomamos para enunciar la verdad que allí late; por otra parte, es también un *objeto*, una cosa, literalmente, que nos insta y reclama, que nos exige el deber de hacer algo con ella (Didi-Huberman, 1995: 42). Tanto para Lanzmann como para Didi-Huberman, la única manera que tenemos de interrogar el lugar es dirigir sobre el mismo, y sobre el horror que encierra, una mirada frontal, intentando con ello preguntarnos qué ha quedado de ellos en nosotros, qué huellas han dejado en nuestro presente; en qué sentido estos lugares nos son próximos, cotidianos, cercanos.

Existe una extensa tradición, tanto en filosofía política como en ciencias sociales, que se centra en el estudio y análisis del espacio, entendido este como práctica social, investido de relaciones político-económicas, materiales y simbólicas. Esta perspectiva de estudio permite abordar el espacio desde la idea de la construcción social y no como un mero proceso rígido. El

propio Foucault, en su conocida conferencia de 1967, titulada “Los otros espacios”, sentenciaba de forma lúcida que “quizás nuestra época actual sea la época del espacio” (Foucault, 2001: 1571). Los espacios, nos dice Foucault, no se presentan como espacios vacíos; en el interior de ellos se localizan y distribuyen los individuos y las cosas, estableciendo toda una red no homogénea de relaciones, dispositivos y enunciados. Emplazar, situar, distribuir, controlar y gestionar la movilidad, favorecer o entorpecer la circulación de individuos, cercar y marcar las fronteras, los límites entre barrios, ciudades y países, regular de forma productiva las poblaciones que habitan el territorio urbano, en definitiva, organizar y gestionar las distribuciones espaciales son algunas de las tareas que las distintas tecnologías de poder llevan a cabo. Se trata de toda una “arquitecturización” del espacio y del territorio, así como de los sujetos y las identidades (recordemos el papel jugado por las disciplinas y sus instituciones clausurantes, analizadas por el propio Foucault). También, autores como H. Lefebvre, De Certeau, Deleuze y Guattari con sus análisis del espacio liso y el espacio estriado, o posteriormente David Harvey que hizo de la geografía crítica la herramienta metodológica fundamental para comprender el funcionamiento del capitalismo, son algunos de tantos nombres que podemos mencionar para contextualizar la importancia del espacio a la hora de analizar las lógicas de poder y dominación que lo atraviesan y constituyen⁶.

No es nuestra intención realizar en este artículo un repaso histórico-filosófico de la llamada teoría crítica espacial. Dicha tarea desbordaría no solo nuestros objetivos, sino también las propias dimensiones de nuestro escrito. Nos interesa, sin embargo, centrarnos en dos cuestiones que nos parecen fundamentales para analizar la construcción social del espacio y las relaciones de poder que intervienen en la misma, así como el efecto que produce la violencia en la distribución espacial de los cuerpos y las subjetividades. Dichas cuestiones son: por una parte, la diferenciación entre espacio y lugar; por otra, la producción de un tipo de lugar asediado por el terror, investido por tecnologías desestructuradoras y amenazantes.

Para abordar la primera de estas cuestiones, retomamos las investigaciones de Pamela Colombo, quien realiza un recorrido por autores clave de la llamada geografía humanista, los cuales han intentado diferenciar los conceptos de espacio y lugar. Frente a la dimensión abstracta del espacio, “el concepto de lugar está circunscripto a la experiencia que se hace del entorno, y el espacio [...] sería la cristalización de representaciones hegemónicas acerca del mismo” (Colombo, 2017: 35). Esta especificación, que sitúa el espacio en una dimensión en cierto modo alejada de las relaciones socio-simbólicas y concibe el lugar como lo vivido y en transformación, resulta insuficiente para profundizar determinadas prácticas socio-espaciales. En este sentido, afirma Colombo:

Por ello, considero que mantener la distinción entre espacio (como reducido a la esfera de lo abstracto) y lugar (como lo experimentado e imaginado por los sujetos) lleva a pensar que las representaciones hegemónicas no interfieren con los modos en que los sujetos

⁶ En el caso de Argentina y, concretamente, de la provincia de Tucumán, son imprescindibles los trabajos de Pamela Colombo para comprender las transformaciones espaciales que llevó a cabo la dictadura, tanto en el campo social como en el individual, materializado este último en el cuerpo de los detenidos-desaparecidos. Su libro, *Espacios de desaparición. Vivir e imaginar los lugares de violencia estatal (Tucumán, 1975-1983)*, posee precisamente todo un capítulo dedicado a la cuestión del giro espacial y al estudio de la teoría crítica del espacio, aplicado a los contextos de violencia de Estado (Colombo, 2017).

viven esos espacios o que la producción de conocimiento en y sobre el espacio no estuviera también influenciada por formas previas de experimentar el espacio por parte de los sujetos (Colombo, 2017: 36).

Más allá de la discusión teórica en torno a estos dos complejos conceptos, en la cual, tal y como hemos indicado, no vamos a profundizar, nos interesa centrarnos en la idea de lugar esbozada por la fenomenología responsiva⁷ de B. Waldenfels. En este caso, es la idea de la extrañeza del lugar, así como la formulación de un espacio corporalmente habitado, nunca homogéneo, ni percibido como receptáculo vacío que nos limitamos a ocupar, la que aquí utilizaremos. Pero vayamos por partes y analicemos con detenimiento la propuesta de Waldenfels. La espacialidad de la que nos habla Waldenfels tiene que ver, en primer lugar, con una noción corporizada del lugar. Habitamos corporalmente el espacio; nos inscribimos, literalmente, en él; lo vivimos desde el *pathos*, esto es, sentimos, sufrimos, padecemos ese espacio que nos atraviesa. Y es precisamente ahí donde la lógica de la extrañeza se hace presente. Retomando la tradición que va desde el *unheimlich* freudiano, hasta la espectralidad y otredad derridiana, Waldenfels formula el concepto de “extraño”, derivado del adjetivo alemán *fremd*, el cual posee tres dimensiones: lugar, posesión y modo. En este sentido, “extraño” es lo que queda fuera del ámbito propio, aquello que siempre nos resulta extranjero; pero también lo es la otredad, lo que pertenece a otro; y, por último, todo aquello que nos resulta diferente, heterogéneo (Waldenfels, 1997: 19). Los lugares extraños son aquellos que adquieren, para el sujeto, cierto halo de extranjería, de incomodidad. Marcan los límites con lo propio, con lo conocido y seguro, con todo aquello que, siendo familiar, nos guarece y protege. Los lugares extraños son siempre limítrofes, dado que marcan el límite con lo que somos (nuestro cuerpo, nuestro ser, nuestra casa, calle, barrio, ciudad). El lugar extraño señala, literalmente, el *afuera*, aquello inaccesible a lo que no pertenezco y que, en cierto modo, puede generar todo tipo de incertidumbres, miedos e inseguridades:

El lugar extraño se muestra, además, como lugar de un tipo especial que no se deja inscribir en una red de lugares en la que nos movemos libremente, puesto que solo se lo puede alcanzar traspasando un lugar; por tanto, no es en absoluto alcanzable totalmente [...] De tal extrañeza como tal forman parte, más bien, la ausencia, la lejanía y la inaccesibilidad, como sucede con el pasado, que no es concebible sino en sus consecuencias o en el recuerdo. Lo extraño no se encuentra en otra parte, se determina a sí mismo como *en otra parte*, como *atopía* [...] Extrañeza significa que algo o alguien no está completamente en su sitio (Waldenfels, 1997: 20).

Es esa condición de *atopía* y de lugar liminar la que aquí me interesa. Para Waldenfels, la extrañeza se gesta en nuestra propia piel, en nuestro propio cuerpo, en ese preciso momento en que los límites y las fronteras se tornan permeables, porosas, y el otro invade nuestro espacio vital:

⁷ Según Waldenfels, “la fenomenología responsiva procede, de una parte, de una experiencia de lo *extraño* que en su ‘ausencia encarnada’ se resiste a toda apropiación, y, de otra, de un responder, que no se limita simplemente a llenar lagunas de saber, sino que acepta las pretensiones y ofrecimientos extraños” (Waldenfels, 1997: 17). Es esa “deuda con lo extraño”, con lo otro no reapropiable, con cierto *afuera* ajeno a nuestro propio ámbito, lo que marca cierto *éthos* del lugar. Resuena, en esta ética del lugar extraño que nos propone Waldenfels, la conocida sentencia de De Certeau, para quien “los lugares vividos son como presencias de ausencias” (citado en Colombo, 2017: 52).

Los límites entre lo propio y lo extraño así originados toman diferentes formas: comienzan con la piel del cuerpo, que envuelve un “yo-piel”, aparecen en forma de paredes, muros, puertas y ventanas que aseguran protección, que permiten o impiden la entrada, aparecen en forma de murallas y fortificaciones que, desde que se puede atacar desde el aire, han perdido por completo sus posibilidades defensivas, aunque a menudo ya habían cedido antes frente a los nuevos paseos y zonas verdes; aparecen en forma de límites territoriales, que comienzan a difuminarse desde que los flujos de comunicación circulan “por los cielos” (Waldenfels, 2004: 34).

La condición ontológica de lo extraño frente a lo propio, experiencia a la que nos vemos expuestos desde nuestra más tierna infancia, se vuelve problemática, sin embargo, cuando dicha extrañeza comienza a ser amenazadora, cuando lo propio es investido por la desapropiación más cruel. Es ahí cuando lo extraño deviene ominoso, cuando en una vuelta de tuerca impredecible, la mera extrañeza se torna siniestra y todo emplazamiento se vuelve hostil, espinoso y adverso. Calles que otrora resultaban familiares se vuelven impracticables; espacios públicos para el encuentro, el juego y la comunidad son tomados y cercados; barrios y hasta pueblos enteros son militarizados, clausurados, vigilados de manera continua; escuelas que se transforman en centros de reclusión y se hacen célebres como lugares de tortura y muerte; plazas que se quedan desiertas, solitarias, aterrorizadas por la violencia y la arbitrariedad de los genocidas. Es, entonces, cuando el lugar extraño se vuelve aterrorizado y cuando poco a poco va mutando hasta convertirse en un *necrolugar*.



Fotografía 2: Escuelita de Famaillá, zona de aulas. La Escuelita de Famaillá fue el primer centro de detención clandestino de Argentina. Desde 1975 hasta 1976, más de mil personas pasaron por sus dependencias. A partir del año 1977, se inaugura la Escuela primaria Diego de Rojas, en la que se utilizaron las dependencias del centro clandestino.

Las mismas aulas que sirvieron para la reclusión, incluso como salas de tortura, alojaron al poco tiempo a niños de la zona que acudían a la escuela. Muchos de ellos, relatan haber visto distintas huellas del horror allí cometido (como manchas de sangre en paredes, marcas realizadas por algunos detenidos; restos del centro clandestino que no han podido borrarse ni con varias capas de pintura). Fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli.

3. TECNOLOGÍAS DEL TERROR: HACIA UNA DEFINICIÓN DEL NECROLUGAR

“La máquina inexorable se había apropiado celosamente de la vida y la muerte de cada uno”

Pilar Calveiro, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*

En ese inquietante texto freudiano de 1919, titulado *Das Unheimliche*, y traducido como “lo siniestro” encontramos una lúcida definición del horror, descrito, por primera vez, no en el sentido de una alteridad amenazante, venida de fuera, sino como aquel terror que permanece enquistado en el seno mismo de nuestra familiaridad. Etimológicamente, *Das Unheimliche*, procede de *Heimlich*, esto es, lo propio, lo no extraño, lo comfortable, en definitiva, el hogar. Lo siniestro, en un sentido psicoanalítico del término, supone por tanto aquello que siendo familiar ha devenido ominoso, espectral, y que ha convertido lo más propio e íntimo en un lugar inquietante y amenazante. De este modo, cualquier tipo de familiaridad se desvanece, y nuestra incorruptible identidad se ve asediada por un horror ininteligible, un horror que ha sabido difuminar las fronteras entre lo propio y lo ajeno, entre lo foráneo y lo conocido. ¿Qué ocurre sin embargo cuándo ese asedio es producido por un Estado genocida, criminal y fuertemente hostil? ¿Cómo nombrar esa violencia extrema, esa micropolítica del miedo que se utiliza desde las instancias del poder para disciplinarnos, doblegarnos y hacernos prescindibles? ¿Qué tipo de lugares se producen y gestionan desde una política basada en el uso del terror y la violencia extrema? ¿Qué tipo de tecnología es aquella que produce un terror difuso, inaprensible, que se expande hacia todos los rincones, incluidos los de nuestro propio hogar?

Son numerosos los autores que han intentado definir y perfilar, de alguna manera, este tipo de terror. Pilar Calveiro, por ejemplo, insiste en la necesidad de diferenciar entre miedo y terror, siendo este último de una dimensión e intensidad diferente al primero (Calveiro, 2004: 38). Para Calveiro, el poder de muerte y desaparición que ejerció la última dictadura estuvo basado fundamentalmente en una diseminación del terror, cuyos efectos más inmediatos son la incapacidad de hablar y la inmovilidad (Calveiro, 2004: 26). De este modo, la capacidad coercitiva y paralizadora del terror fue parte de la estrategia de poder utilizada, siendo el dispositivo desaparecedor la herramienta más eficaz para su propagación a gran escala. El terror se expande gracias a la arbitrariedad, a la incertidumbre, a la desestructuración de las comunidades. El terror paraliza, impide, entumece, limita. Así, se “utilizó su derecho arbitrario de muerte como forma de diseminación social del terror para disciplinar, controlar y regular una sociedad cuya diversidad y alto nivel de conflicto impedían su establecimiento hegemónico” (Calveiro, 2004: 35). El terror fragmenta, desestructura, arrasa. El terror, para Calveiro, nos reduce a una condición animal, nos vuelve precarios, vulnerables, prescindibles. El terror chupa: nos succiona, literalmente, nos

devora, hasta hacernos desaparecer. Y es en la sociedad donde los ecos del terror tienen su mayor caja de resonancia (Calveiro, 2003: 124)⁸.

Es más que evidente la influencia foucaultiana en los análisis de Calveiro, tanto en el hecho de considerar la desaparición al modo de un dispositivo de poder concreto, como en su descripción del centro clandestino de detención entendido como una verdadera tecnología política. Yendo un paso más allá de su lectura, vamos a aplicar, al propio concepto de “terror” que nos propone Calveiro, alguno de los postulados del poder señalados por G. Deleuze en sus cursos sobre Foucault (Deleuze, 2014). Si el terror operó de manera similar a una micropolítica, ¿acaso no podemos hablar de una microfísica del terror, aplicada de manera sistemática? Tal y como lo definió Foucault en *Vigilar y castigar* y en *La voluntad de saber*, el poder no es una propiedad, sino una *estrategia*; se compone de maniobras, tácticas y técnicas que impiden su homogeneidad; no es una esencia ni un atributo, sino que se compone de relaciones de fuerzas (es una red que se ejerce por todos lados); es productivo, produce realidad. El poder organiza el espacio: reparte el espacio, diagramatiza, encierra, cuadrícula, ordena. En este sentido, en tanto que diagrama, nunca puede entenderse como una forma ideal. El poder se materializa, se actualiza, “como un puro sistema arquitectónico y óptico” (Deleuze, 2014: 77). Tal es el caso, por ejemplo, del famoso panóptico, como dispositivo espacial y óptico, como dispositivo de poder que ordena, disciplina y distribuye los cuerpos, al mismo tiempo que gestiona lo visible y lo invisible. Apliquemos, entonces, los mismos postulados al terror, como tecnología política que supo diagramatizar, codificar, estructurar el espacio; que nos hizo ver, hablar, callar; que incitaba, promovía, vigilaba; que reguló calles, horarios, espacios de reunión, incluso hogares y que, como una red viscosa de fuerzas, como una estrategia concreta, supo atravesar los cuerpos y los discursos, supo magistralmente gestionar lo visible y lo enunciable⁹. El terror actúa, asimismo, como un diagrama, que se materializa en diversas formas, instituciones y prácticas. Ese terror virtual y difuso supo actualizarse en centros clandestinos de detención, en escuelas, en modalidades de tortura, en pueblos enteros que fueron tomados y cercados. Incluso, fue capaz de apoderarse de la vida y de la muerte, utilizando todo tipo de *thánato*-estrategias para dominarlas, gestionarlas, violentarlas, hasta desaparecerlas.

En relación con estas *thánato*-estrategias que encontramos en determinados regímenes políticos contemporáneos, Adriana Cavarero, realiza una lectura más allá del terror y afirma que esa suerte de pánico generado por un tipo de violencia que adquiere formas inauditas deberíamos denominarlo “horrorismo”: suerte de reacción fisiológica paralizante, terror sin objetivo que nos

⁸ En este sentido, y a propósito del llamado “genocidio reorganizador”, esto es, de ese tipo de genocidio que tuvo lugar en la Argentina, cuyos objetivos no eran otros que la refundación del estado, es decir, la reorganización social y nacional, afirma Feierstein: “el terror, en esta modalidad genocida, no opera tan solo sobre las víctimas sino, fundamentalmente, sobre el conjunto social, buscando desterrar y clausurar determinadas relaciones sociales, a la vez que fundar otras” (Feierstein, 2007: 104).

⁹ Afirma Julieta Lampasona: “en esa imbricación de los CCD y el conjunto social se fueron conformando regímenes de visibilidad/invisibilidad, formas de saber/no-saber sobre los que se asentó un secreto a voces con efectos de terror. El secreto, señala, se constituye en uno de los nudos centrales del poder, pues allí anida la efectividad de esa dimensión clandestina, oculta y negada, pero al mismo tiempo presente en sus efectos: los sujetos desaparecen –a veces por la noche, a la vista de algunos; a veces durante el día, en plena calle, a la vista de todos–, las familias se cercenan, los espacios colectivos se desarticulan... Ausencias en el mundo de la vida cotidiana que, aunque no se enuncian abiertamente, se intuyen y se viven” (Lampasona, 2013: 6).

enfrenta cara a cara con lo espantoso y lo repugnante. El horrorismo es, para Cavarero, la forma que adquiere la violencia contemporánea sobre el inerme, atacando directamente la dignidad ontológica de la víctima, deshumanizándola y volviéndola absolutamente prescindible (Cavarero, 2009: 17). En determinadas circunstancias, aquellas en las que hasta el lenguaje se vuelve insuficiente para describir o nombrar lo que está teniendo lugar, “más que el terror, lo que sobresale es el horror” (Cavarero, 2009: 15). Este tipo de horror, según la autora, aparece precisamente en situaciones de violencia desmedida, cuando un tipo concreto de violencia va unida no tanto al hecho de matar, sino de humillar, mancillar y destruir el cuerpo del otro. Se trata de una violencia ligada a nuestra extrema vulnerabilidad, por lo que en ella “lo que está en juego no es el fin de una vida humana, sino la condición humana misma en cuanto encarnada en la singularidad de cuerpos vulnerables. Carnicerías, masacres, torturas y otras violencias aún más crudamente sutiles, forman parte integrante del cuadro” (Cavarero, 2009: 25).

Esta inefabilidad del horror es retomada, desde una óptica psicoanalítica por Janine Puget, para quien aquellos estados de amenaza y violencia continua, como sucede en el caso de dictaduras o regímenes totalitarios, generan “espacios vacíos de significación” (Puget, 2006: 37) que utilizan el miedo y el horror como herramientas de control y sometimiento social. De ahí que la autora hable de un tipo de “terror sin nombre”, inefable, inaprensible, que acecha a lo cotidiano y cuya irrupción es imposible de predecir. Este terror indecible es “lo impensable”, lo no tolerable, esto es, situaciones que afectan tanto a nivel social, como a la integridad individual de los sujetos. Para Puget, la dictadura supuso una *catástrofe social* basada en la violencia y la desarticulación. Durante este periodo, el contexto social se volvió inseguro, amenazante, desconcertante, generando incompreensión e incoherencia en los sujetos. De este modo, se sumió a la población en un estado de amenaza continua, utilizando todo tipo de metodologías basadas en el terror para generar ansiedades, desconcierto y pavor. Surge, así, un tipo de “terror sin nombre”, inefable, inaprensible, que acecha a lo cotidiano y cuya irrupción es imposible de predecir, ligado a lo siniestro y a una angustia sin límites. Este terror indecible es “lo impensable”, lo no tolerable. Lo impensable “es del orden del vacío, del desecho, del agujero, de la herida. Se refiere a ciertas percepciones que pueden despertar emociones intolerables y no encuentran traducciones en palabras” (Puget, 2006: 53).

El terror político, esta amenaza ejercida de forma continuada sobre poblaciones enteras, provoca de manera planificada el miedo, gestiona sus efectos y afectos: nos hace ver, hablar, callar. El terror se apoderó de la sociedad argentina a base de cortes de luz¹⁰ y de carreteras, de

¹⁰ Los llamados “apagones” fueron utilizados de manera sistemática para diseminar el terror en numerosas ciudades argentinas. Muchos de ellos fueron provocados por las propias compañías eléctricas que participaron de manera cómplice con la dictadura. Son célebres, por ejemplo, los apagones que tuvieron lugar durante el año 76 en la provincia de Jujuy en la que la empresa Ledesma S.A. (perteneciente a la familia Blaquier) colaboró de forma directa con los militares. Según los testimonios, durante el mes de julio de 1976, en las localidades jujeñas de Ledesma, Calilegua y Libertador General San Martín, se realizaron una serie de “apagones del terror” en los que se secuestró y desapareció a un total de 40 personas. Incluso, se ha podido comprobar que algunas dependencias de la propia empresa fueron utilizadas como centros de tortura y hasta los coches que sirvieron para transportar a los detenidos pertenecían a Ledesma S.A. Recordemos que los militares argentinos, en sus metodologías desaparecedoras, se inspiraron en el famoso decreto hitleriano “*Nacht und Nebel*” (“Noche y Niebla”), firmado en 1941. Según dicho decreto, los prisioneros capturados en los países ocupados debían ser trasladados a los centros de exterminio en los que se “desvanecerían” en la oscuridad de la noche y la niebla. En Argentina, la noche y sus tinieblas sirvieron como escenario propicio para que “patotas” y grupos de tareas amedrentaran a sus anchas a la población.

comunicados radiofónicos, de operativos militares, allanamientos y controles constantes de casas, barrios, escuelas y trabajos. Las ciudades fueron, literalmente, tomadas, cercadas, sitiadas. Y todos, absolutamente todos los rincones, se transformaron en emplazamientos hostiles y amenazantes. De este modo, se fueron fraguando los “lugares aterrorizados”, “los paisajes del miedo”, “los paisajes genocidas y traumatizados” (Ataliva et al., 2015: 195). La manifestación más palpable de ese “terror amorfo y sin cara” (Dürr, 2017: 68) fue la organización del espacio, la intervención directa en el lugar: la cotidianeidad fue transformada a grados irreconocibles y la tradicional frontera entre la vida y la muerte se volvió tan permeable y porosa que se hizo difícil diferenciar la una de la otra. Así, por ejemplo, las personas podían ser secuestradas en cualquier momento y lugar; los allanamientos se producían incluso a plena luz del día, en centros de trabajo, universidades, bares, hasta en transportes públicos; muchos centros clandestinos se instalaron sin ningún pudor en núcleos urbanos, ante la mirada o el oído de los vecinos; incluso los cuerpos de personas con evidentes signos de tortura aparecían, algunos desnudos, maniatados o desfigurados, en plazas, ríos, carreteras o descampados.

Para el análisis de esta arquitectura del terror, resultan imprescindibles las categorías formuladas por Ulrich Oslender para estudiar los fenómenos geográfico-espaciales que se producen en aquellas sociedades que han sufrido un tipo de violencia determinada (Oslender, 2008). El propio Oslender nos propone una definición muy acertada de lo que entenderíamos por “lugar aterrorizado”: si entendemos por “hogar”, aquello que según la autora feminista bell Hooks describe como un marco hospitalario y acogedor, en el que crecemos y nos desarrollamos gracias al cuidado y el afecto de los otros; por el contrario, el “lugar aterrorizado” es aquel que ha devenido siniestro, amenazante y hostil debido a determinados agentes causantes del terror. En la estela de Bachelard, podríamos afirmar que el hogar o la casa es ese lugar a través del cual habitamos en el mundo. Desde la casa, en el sentido de hogar y de pertenencia, experimentamos ese recogimiento necesario para abrirnos al mundo, sin que este termine por devorarnos. La casa, como lugar de acogimiento en el que guarecernos, nos atraviesa en tanto que individuos y subjetividades, nos proporciona cobijo y refugio, al mismo tiempo que inicia los procesos más básicos de socialización y encuentro con los otros, con los demás. Por ello, perder la casa, perder nuestro lugar es, en cierto modo, perdernos a nosotros mismos. De ahí que aquellas situaciones de violencia extrema en las que el hogar es despojado, allanado, desestructurado, violado, supongan una de las experiencias más desoladoras que puede vivir un ser humano¹¹.

A situaciones de este tipo, de pérdida del hogar, de asedio del lugar propio o, en definitiva, de extrañamiento del mundo, Oslender, las denomina “geografías del terror”, esto es, reorganizaciones espaciales en las que se utiliza el miedo como herramienta y dispositivo de

¹¹ Afirma Colombo: “el terror tiene el poder de alterar el espacio, de marcarlo, y también de afectar el modo mismo de imaginarlo. Se alteran afectos y sensaciones asociadas a los espacios. Lugares fuertemente vinculados al refugio y la intimidad, como es la casa familiar, por ejemplo, a partir de la ocupación militar son abiertos, expuestos, alterados” (Colombo, 2017: 64). Colombo, asimismo, retoma esa categoría freudiana de “lo siniestro” con la que hemos comenzado este apartado y, a través de las lecturas de Navaro-Yashin sobre las casas chipriotas, extrapola esta noción subjetiva al ámbito de lo político. Esto tiene lugar cuando lo siniestro es gestionado y producido por mecanismos legales amparados en un estado. “El concepto de Freud –nos dice Colombo- ha sido completamente corrido de su adscripción a la psique subjetiva para llevarlo al plano de lo político: habitar con lo siniestro puede ser parte de una política de Estado. La emergencia de miles de espacios del secuestro en todo el territorio nacional argentino bien podría ser pensado bajo este concepto” (Colombo, 2017: 95).

poder. Dicha reorganización se lleva a cabo, según el autor, a través de una serie de estrategias coordinadas, como la aplicación sistemática del terror, materializándolo en la vida cotidiana de un grupo social. De este modo, se crean los “paisajes del miedo” (algunos ejemplos de estas prácticas pueden ser los controles constantes de la población; cortes de luz; visibilización de operativos militares, incluso de muertos y víctimas en la zona que simulan enfrentamientos con la guerrilla). También se modifica la vida cotidiana de las personas a través de la restricción de la movilidad y alterando prácticas espaciales rutinarias (se fragmenta el espacio, se lo clausura, se lo vigila; se controla quién sale y quién entra de determinados lugares, las actividades que se realizan, incluso, las compras que realizan, etc.). De este modo, afirma Oslender, “un sentido de inseguridad generalizado se extiende por el lugar y afecta las formas en que la gente se mueve en sus alrededores. El contexto de terror lleva así a una fragmentación del espacio y rompe dramáticamente la movilidad espacial cotidiana” (Oslender, 2008). Por otro lado, se transforma de manera drástica el sentido del lugar. “Las personas empiezan a sentir, pensar y hablar de su lugar de vida de manera distinta, en formas ahora impregnadas de experiencias y memorias traumáticas, y de miedos y angustias” (Oslender, 2008). También, se desterritorializa, se desestructura continuamente la cotidianidad, para reterritorializarla seguidamente bajo parámetros distintos.

Estos *paisajes de terror*, en palabras de P. Ferrándiz, (Ferrándiz, 2014: 191), generan, asimismo, *necrolugares*, es decir, espacios y emplazamientos en los que el poder sobre la vida y la muerte adquirieron connotaciones cuasi metafísicas. Retomamos con este concepto, la acertada lectura del biopoder que ha realizado Achille Mbembe, para quien las nociones foucaultianas ya no son suficientes a la hora de analizar aquellas estructuras y tecnologías de poder en la que la muerte del otro y el derecho sobre la vida se han vuelto cotidianos, bajo la implantación del terror político (Mbembe, 2011). Por ello, Mbembe prefiere hablar de un “necropoder” que normaliza la matanza del enemigo utilizando la violencia y todo tipo de estrategias de deshumanización¹². En sus análisis del colonialismo en África y del racismo, Mbembe define un tipo de soberanía basada en el derecho a matar y en una política como trabajo de la muerte (Mbembe, 2011: 21). Se trata de un giro fundamental entre un “biopoder” como gestor de vida a un “necropoder” como productor de muerte. Asimismo, el necropoder se sirve del terror como un componente necesario de lo político (Mbembe, 2011: 27). “Según esta configuración, la violencia constituye la forma original del derecho y la excepción proporciona la estructura de la soberanía” (Mbembe, 2011: 42). Mbembe utiliza como ejemplo espacial, como ejemplo casi arquitectónico de la materialización de este tipo de poder en cuyo seno reside la muerte del otro, la plantación, la cual, según el autor, es una figura paradigmática del estado de excepción. En la plantación, se produce una triple pérdida: en primer lugar, la del hogar; también, los derechos sobre el cuerpo y, por último y fundamental, el estatus político del esclavo. La plantación sería un paisaje del terror, una

¹² Para una profundización de este concepto, en relación con el biopoder foucaultiano y la aplicación al caso argentino, remitimos al artículo de Meloni y Zurita: “Biopolítica de la subversión: el museo como dispositivo de invención, construcción y mostración del enemigo. El caso de la Jefatura Central de Policía en Tucumán” (2018). Asimismo, al libro de Sayak Valencia, *Capitalismo gore* (Barcelona: Melusina: 2010), donde se definen estas *thánato*-estrategias de un poder basado en la normalización de la vulnerabilidad, el asesinato y muerte del otro. En el caso concreto de Tucumán, también Santiago Garaño ha aplicado el concepto de Mbembe para abordar el Operativo Independencia como un ejercicio de la soberanía basado en la hostilidad absoluta y la aniquilación del enemigo (Garaño, 2016, 17).

“estructura político-jurídica” en la que la muerte social opera como dispositivo de expulsión de la humanidad (Mbembe, 2011: 32). De este modo, el necropoder genera necrolugares: espacializa, produce lugar, fragmentariza el espacio y lo aterroriza. Poniendo como ejemplo el caso palestino, Mbembe describe esta creación de lugares asediados por el horror, la muerte y el miedo de la siguiente manera, que bien podría aplicarse al caso argentino y, concretamente, a la provincia de Tucumán durante el Operativo Independencia:

El estado de sitio es, en sí mismo, una institución militar. Las modalidades de crimen que este implica no hace distinciones entre enemigo interno y externo. Poblaciones enteras son el blanco del soberano. Los pueblos y ciudades sitiados se ven cercados y amputados del mundo. Se militariza la vida cotidiana. Se otorga a los comandantes militares libertad de matar a quien les parezca y donde les parezca. Los desplazamientos entre distintas células territoriales requieren permisos oficiales. Las instituciones civiles locales son sistemáticamente destruidas. La población sitiada se ve privada de sus fuentes de ingresos. A las ejecuciones a cielo abierto se añaden las matanzas invisibles (Mbembe, 2011: 53).

Las metodologías y dispositivos de poder utilizados durante la última dictadura militar argentina estuvieron basados en el ejercicio de necro-estrategias, de necropoderes, a través de los cuales se gestionó el supuesto caos y las supuestas amenazas a la patria a base de expandir el terror por todos los rincones del país. Este poder arbitrario, este ejercicio de la soberanía asentado en la muerte y la eliminación de todo posible enemigo, supo visibilizarse y materializarse de manera casi obscena. De este modo, Calveiro describe este poder de muerte que llegó a adquirir dimensiones cuasi teológicas y metafísicas:

La exhibición de un poder arbitrario y total en la administración de la vida y la muerte pero, al mismo tiempo, negado y subterráneo, emitía un mensaje: toda población estaba expuesta a un derecho de muerte por parte del Estado. Un derecho que se ejercía con una única racionalidad: la omnipotencia de un poder que quería parecerse a Dios. Vidas de hombres y mujeres, destinos de niños e incluso de seres que aún no habían nacido, nada podía escapar de él (Calveiro, 2004: 35).

4. EL CASO DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN: LAS HUELLAS DEL TRAUMA

“En sus características básicas puede ser considerado, por analogía, como un teatro de operaciones. La zona de emergencia tendrá por misión el rápido restablecimiento de la normalidad en un área determinada, eliminando, mediante un eficiente gobierno militar, las causas y/o efectos que la alteraron”

Acdel Vilas, Manuscrito sobre el Operativo Independencia

Situada a escasos metros de la pequeña localidad de Famaillá, hacia el suroeste de la provincia de Tucumán, localizamos el barrio, con aspecto de villa miseria, de Nueva Baviera. Basta con cruzar la ruta 38, desde Famaillá, para entrar en este humilde barrio. Un enorme cartel, con pretensiones de portal, nos advierte que hemos cruzado el umbral y que nos adentramos en una población que en el pasado aspiró, por sus características económicas y por sus infraestructuras, a independizarse del departamento de Famaillá, al que está adscrita. En la actualidad, si recorremos sus calles, las huellas y restos de su imponente pasado se hacen visibles en todos sus rincones, a pesar de que todo comenzó a desmantelarse, hasta su destrucción,

durante los años 80. La avenida principal de la barriada finaliza en un gran tanque de agua, hoy en desuso, cuyas dimensiones ya nos hacen sospechar de la finalidad del mismo. Del jardín de alguna casa sobresale, casi de manera imprevista y obscena, una gran chimenea de ladrillos, que se confunde con los árboles y la vegetación circundante. Cuentan algunos habitantes del barrio, sobre todo aquellos que ya poseen cierta edad, que algunas casas conservan en sus fondos entradas a ciertos pasadizos secretos, los mismos túneles que durante los años del terror fueron utilizados por el perro Familiar, quien campaba a sus anchas por Nueva Baviera, devorando, engullendo y desapareciendo a obreros, sindicalistas y peladores de caña de azúcar¹³.

Resulta imposible desvincular la historia de la caña de azúcar, su desarrollo, expansión y proceso productivo de los años del terror que se implantaron tras el Operativo Independencia. Los Ingenios tucumanos fueron el centro neurálgico de los primeros conatos de luchas sindicales, en las que sus empobrecidos y castigados empleados, curtidos a pie de surco, endeudados de por vida con sus propios jefes-propietarios que los obligaban a gastar parte de sus míseros sueldos en sus dependencias, dieron ejemplo al resto del país con huelgas, toma de fábricas y de pueblos enteros¹⁴. Los Ingenios, también, constituyeron el ejemplo más patente de una sociedad fuertemente estamentizada en clases sociales, racializada y parcelada, que supo trazar fronteras infranqueables entre campesinos de origen indígena y acaudaladas familias procedentes de Francia, Inglaterra y Alemania. Son muchas las leyendas que circulan en torno a los integrantes de la poderosa Compañía Azucarera Tucumana: desde propietarios que realizaban pactos con el demonio, capaces no solo de hacer desaparecer a empleados, sino también de poseer el don de la ubicuidad, apareciendo por arte de magia en distintos puntos del Ingenio, incluso en poblaciones cercanas; hasta capataces crueles y despiadados que les servían para cometer las acciones más atroces. Y, como es evidente, los Ingenios se convirtieron en el paradigma y en la figura

¹³ La leyenda del “perro Familiar” forma parte del imaginario simbólico de la provincia de Tucumán, caracterizada por sus numerosos mitos, supersticiones y creencias pobladas de fantasmas, espantos y seres fantásticos o endemoniados. En el caso del Familiar, se trata de una leyenda creada expresamente por los dueños de los Ingenios que fabricaban y procesaban el azúcar, actividad que ha marcado la historia de esta provincia desde el siglo XIX. El Familiar es un perro venido del infierno que se dedicaba a devorar a aquellos obreros más contestatarios. La estructura subterránea, con túneles de grandes dimensiones y extensa longitud, que conectaba a algunos de estos ingenios, túneles que en algunos casos poseían salidas a plazas o distintos lugares de determinadas poblaciones, facilitó que la creencia en un perro desaparecedor creciera entre los habitantes de estas pequeñas ciudades de provincias. El perro Familiar formó parte de los dispositivos del terror utilizados para socavar las fuerzas discordantes de lo social, como el sindicalismo combativo, los trabajadores que tomaban contacto con la guerrilla, etc. En este sentido, nos dicen Isla y Taylor: “para los campesinos de Tucumán, la aparición de Vilas y el Ejército en el Operativo Independencia no era diferente del regreso de ‘El Familiar’” (Isla & Taylor, 1995: 326). Agradezco a la arqueóloga Constanza Cattaneo, con la cual pude conocer el actual barrio de Nueva Baviera y quien me contó los diversos relatos sobre el Familiar que aún circulan entre muchos de sus habitantes que vivieron la dictadura. Asimismo, sobre el papel que cumplieron los Ingenios, tanto en Tucumán como en la gestación del golpe militar, remito a dos excelentes trabajos realizados por ella: por una parte, su tesina de Grado, titulada “El mapeo de la barbarie. Análisis de un paisaje: el ex Ingenio Santa Lucía como Centro Clandestino de Detención. Dpto. Monteros. Tucumán (1975-1981)” (Cattaneo, 2014) y “Nueva Baviera: Historia de un Ingenio tucumano” (Cattaneo et al.: inédito).

¹⁴ “Bajo el mandato de Onganía, el 22 de agosto de 1966, se dicta el decreto por el cual se procedía al ‘desmantelamiento y/o transformación’ de ocho ingenios entre los cuales se encontraban el Ingenio Bella Vista, Esperanza, La Florida, Lastenia, La trinidad, Nueva Baviera, Santa Ana y San Antonio. Extendiéndose a los ingenios Santa Lucía, San Ramón, San José y Mercedes. El cierre de los ingenios constituyó un duro golpe a la clase trabajadora tucumana, cientos de familias quedaron sin fuente laboral y los habitantes de los pueblos enteros quedaron sumidos en la desocupación condenados a subsistir mediante trabajos temporales” (Cattaneo, 2014: 147).

emblemática del estado de excepción implantado a partir del golpe del 76, gracias al apoyo de sectores determinados de la sociedad civil, sectores relacionados con estas oligarquías agrícolas y sus empresas de capitales extranjeros.

Si recorremos en la actualidad las ruinas del Ingenio Nueva Baviera, la mirada excavadora del arqueólogo nos insta a fijarnos en las marcas, los vestigios que aún permanecen de ese pasado tan esplendoroso como feroz. Es posible que podamos extrapolar la imagen de este barrio al resto de la provincia y del país. Esta humilde barriada, levantada sobre túneles que condujeron a detenidos-desaparecidos, sobre chimeneas que no pararon de procesar el azúcar, casas que lindaban con salas que sirvieron para perpetrar las torturas más inimaginables, pozos de agua en la que se arrojaron los cuerpos de los desaparecidos, se erige ante nosotros cual alegoría de una geografía aterrorizada que modificó espacialmente a toda la Argentina. ¿Acaso no encontramos esas mismas cicatrices, huellas y vestigios de lo ocurrido en toda la provincia y en todo el país?



Fotografía 3: algunos ejemplos de estas huellas y cicatrices en la ciudad. Vemos, en la fotografía el actual parking que se ha construido sobre la base de uno de los edificios de la Jefatura de Policía de Tucumán, concretamente el que sirvió como sala de torturas. Se aprecian retratos de desaparecidos en la pared del otro edificio, en el que se encuentran oficinas utilizadas por célebres torturadores, como es el caso del comisario inspector al mando del centro de detención, Roberto H. Albornoz, apodado “el Tuerto”, conocido por su brutalidad e inhumanidad. Fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli.

Recorrer el barrio de Nueva Baviera, hizo que lo imaginara como una pizarra mágica, ese juguete infantil para aprender a escribir que tanto gustaba a Freud y que le sirvió para explicar las capas del aparato psíquico y la memoria (Derrida, 1967). El mecanismo es, aparentemente

sencillo, en una pequeña pizarra de cera, el niño dibuja con un punzón sobre una lámina, dibujo que puede borrar, para volver una y otra vez a escribir o garabatear. Las huellas de lo dibujado, sin embargo, no desaparecen del todo, y se van acumulando en las capas de abajo del juguete. Con este artefacto, Freud supo explicar de manera pedagógica el funcionamiento de la huella mnémica, incluso de la traumática, la cual hiere la primera superficie de la conciencia, para luego borrarse aparentemente, al tiempo que se aloja, de manera indeleble, en el inconsciente. De este modo, las huellas no aparecen en la superficie, y no son percibidas nunca de manera presente, lo que no impide que permanezcan inscritas por debajo como una reproducción del original. El bloc mágico, como superficie de inscripción, se convierte en una suerte de recipiente para esa huella mnémica, huella de la memoria para la que es preciso excavar para encontrarla. El actual barrio de Nueva Baviera, como numerosos pueblos y ciudades argentinas, se erige ante nosotros como ese artificio mnémico, en el que se esconden huellas, heridas y cicatrices; pasadizos ocultos y salas subterráneas; capas y capas geológicas que han ido sedimentando el horror; mundos paralelos y aparentemente olvidados, pero que laten, de manera subterránea, en la memoria de todos los habitantes.

En este sentido, tal y como ha señalado Calveiro, debemos “pensar la herida”, como esa incisión, esa inscripción en la superficie, en los cuerpos, los sujetos y las memorias colectivas, que son imposibles de borrar (Calveiro, 2003: 126):

En tanto “marcas”, son depósito de una memoria potencial, condensación de lo vivido-sentido, que llama no a una sino a distintas memorias. Una misma marca es capaz de desencadenar más de una memoria. Ciertamente, el poder marca para desaparecer toda resistencia, pero hay una supervivencia de lo resistente que recupera o teje la memoria desde la marca misma, y eso le permite hablar exorcizando el miedo que convoca la marca. Así, la marca es cicatriz de una herida que se ha infringido con violencia, que es “reservorio” y desencadenante del miedo, pero también puede serlo de la resistencia. (Calveiro, 2003: 128)

Si bien la sociedad postdictatorial tucumana, con sus vestigios genocidas y conservadores, ha impedido que las políticas de recuperación, visibilización y conservación de la memoria hayan tenido la repercusión que encontramos en otras ciudades argentinas, como es el caso de Córdoba y de Buenos Aires, las marcas de la memoria resisten y nos topamos con ellas en distintos rincones de la provincia. Muchos vestigios del llamado “circuito represivo”, diseñado durante el Operativo Independencia (comisariás, escuelas públicas, edificios que sirvieron para recluir a los detenidos), hoy mantienen su misma fisonomía, incluso funciones. Y las heridas traumáticas del genocidio cometido emergen, a pesar del olvido institucional, haciendo visibles las secuelas de lo ocurrido. Como un antiguo palimpsesto, del que se ha querido borrar su pasado, las capas ocultas no dudan en aparecer en cada esquina, calle, parque de la ciudad, asediando el presente, desvelando aquello que no hace mucho tiempo sucedió. Mientras la cotidianidad sigue su ritmo, edificios silenciosos nos observan desde su siniestro pasado.



Fotografía 4: Comisaría de Famaillá en la actualidad (se aprecian máquinas y juegos de una feria), situada en la misma plaza central de la ciudad. Dicha comisaría tuvo un papel fundamental durante el Operativo Independencia. Desde ella, los jefes responsables del mismo, Acdel Vilas y Antonio D. Bussi, dirigieron las operaciones militares genocidas. A escasos metros de la comisaría, encontraremos la conocida Escuelita de Famaillá, primer Centro Clandestino de Detención de Argentina. Fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli.

5. EN TORNO AL ARCHIVO FOTOGRÁFICO, RECORRIDO MEMORIAL Y CIERRE: INTERROGANDO A AQUELLOS IGNOTOS LUGARES DEL PAÍS

“Se habla asimismo de personas ‘desaparecidas’ que se encontrarían detenidas por el gobierno argentino en *los más ignotos lugares del país*. Todo esto no es sino una falsedad utilizada con fines políticos, ya que en la República no existen lugares secretos de detención, ni hay en los establecimientos carcelarios personas detenidas clandestinamente”

Documento final de la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo (abril de 1983)

“Miramos profundamente en el abismo y el abismo nos devolvió la mirada. Nadie llega cerca del reino de la noche y regresa sin haber cambiado”

Superviviente de Buchenwald

Los trabajos de Elisabeth Jelin sobre la construcción de la memoria colectiva son ya un referente en las ciencias sociales, tanto para investigadores, historiadores y filósofos, como para supervivientes, familiares y víctimas. Resulta de particular importancia el hilo que traza Jelin en

torno a la memoria como proceso subjetivo, proceso que puede situarse en el orden no solo de lo simbólico, sino también de lo traumático; y también en torno a la memoria como construcción social (Jelin, 2002). Jelin no ha dejado de preguntarse precisamente por eso, por esa suerte de salto o pasadizo que nos traslada de lo individual a lo social, por el modo de pensar la memoria o más bien los procesos de memoria en lo colectivo. Raramente, según la autora, esta elaboración suele venir de una posición externa, de una mirada no comprometida o de una subjetividad que se pretenda neutra o aséptica. Ni lo colectivo es la suma de lo individual, ni lo individual supone una construcción ajena a lo colectivo. Siendo nuestras memorias el resultado de un entramado complejo de tradiciones, de diálogos, disputas y acontecimientos que nos han atravesado (Jelin, 2002: 22). Y nuestra capacidad narrativa de lo vivido viene inexorablemente teñida, marcada, incluso limitada, por ese trauma o catástrofe social del que procedemos. El pasado, nos advierte una Jelin con cierto tono freudiano, deja verdaderas huellas, ruinas, marcas simbólicas y materiales que impactan tanto en el individuo como en la colectividad (Jelin, 2002: 30).

Tras las marcas de ese trauma, Juan Pablo Sánchez Noli, en calidad de fotógrafo, y yo, realizamos un recorrido cuasi fenomenológico por distintos necrolugares de la provincia de Tucumán. Ambos partíamos de una memoria individual marcada por la dictadura; ambos, en cierto modo, asumimos el trabajo como una elaboración del recuerdo, un recuerdo asediado por fantasmas, dolor y duelo. Visitamos un total de cuatro lugares: iniciamos la investigación en la inhumación clandestina conocida como el pozo de Vargas; accedimos a algunas dependencias de la antigua Jefatura de Policía de Tucumán, en la cual hoy se encuentran las oficinas del Ministerio de Educación; pudimos visitar el célebre centro clandestino situado en la Escuelita de Famaillá; y finalizamos nuestro itinerario en lo que fue el siniestro centro de tortura, muerte y exterminio, Arsenal Miguel de Azcuénaga, donde pudimos acceder al sector de fosas. Acompañados de peritos, arqueólogos y responsables de estos lugares, pudimos escuchar sus minuciosas explicaciones, hipótesis de trabajo y resultados de los mismos¹⁵. La cámara de Sánchez Noli, absolutamente silenciosa y discreta, fue captando, a la luz de las explicaciones, distintas huellas, marcas, incluso posibles apariciones de ese pasado traumático que retorna y se empeña en no borrar sus secuelas.

¹⁵ Debo agradecer a todas aquellas personas que no solo permitieron e hicieron posible nuestra entrada a estos lugares, muchos de los cuales tienen un acceso restringido por ser parte aún de causas judiciales, sino también a todos los grupos de investigación que trabajan en la provincia de Tucumán que de manera altruista dedicaron sus jornadas a acompañarnos y explicarnos el significado de estos emplazamientos. En especial, al grupo coordinado por Patricia Cuenya y Ezequiel del Bel, LIGIAAT (Laboratorio de Investigación del Grupo Interdisciplinario de Arqueología y Antropología de Tucumán), perteneciente a la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Tucumán, con quienes pudimos visitar el Arsenal Miguel de Azcuénaga y su zona de fosas. También a CAMIT (Colectivo Arqueología Memoria e Identidad de Tucumán), que trabaja en el pozo de Vargas. Y a María Coronel, que nos acompañó en Escuelita de Famaillá, en calidad de coordinadora del espacio de memoria.



Fotografía 5: Escuelita de Famailá, zona de baños. Estos mismos aseos, que fueron utilizados por los detenidos desaparecidos en el circuito del centro clandestino, siguen hoy en funcionamiento y se usaban cuando el centro se reconvirtió en escuela pública. Fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli.

He dejado para el final de este artículo la descripción de nuestra experiencia en estos lugares, a la luz de las fotografías realizadas. Metodológicamente, tal y como se ha señalado al comienzo del mismo, no es mi intención aquí, como tampoco la fue durante el recorrido que hicimos, realizar una labor meticulosa y cuantitativa de recolección de datos, fechas, cifras históricas, nombres y demás cuestiones de suma importancia para la reconstrucción de la historia. Si bien todo ello está y estuvo presente, partiré de marcos metodológicos distintos, contaminados siempre por esas memorias subterráneas, traumatizadas o virósicas de las que nos habla Calveiro. Memorias resistentes, contradictorias y heterogéneas, que retornan una y otra vez para hacer que cuestionemos nuestro presente. Puesto que:

La memoria es de naturaleza *virósica*, deshace siempre el relato anterior y construye otro porque cuenta cada vez a la luz de un presente que reclama nuevas preguntas, nuevos compromisos y que resuena con otros puntos de lo vivido. Siempre inadecuadas, siempre excedidas, estas resonancias, estas conexiones, son, sin embargo, las que mantienen viva la experiencia del pasado, como pasado actuante y como presente que recupera, en este caso, la promesa de una sociedad más justa (Calveiro, 2003: 133).

Estas memorias subterráneas estaban presentes en nosotros, ya desde antes de iniciar nuestro recorrido. Y nuestra posición tanto de fotógrafo como de investigadora tiene que ver necesariamente con ellas, haciendo de la mirada y la palabra que aquí presentamos lugares en absoluto neutrales, externos o asépticos. Ambos acudimos a estos emplazamientos, con una

condición concreta: la de familiares y víctimas del terrorismo de Estado. Incluso, ambos poseemos una historia tristemente común, compartida, en la que la muerte, desaparición y aparición de nuestros seres queridos se cruzaron, sin saberlo, en fechas, lugares y acontecimientos. En mayo de 2014, el Equipo Argentino de Antropología Forense nos notificaba, tanto a mi familia como a la de Sánchez Noli, de la aparición de restos de nuestros familiares desaparecidos en el llamado “*pozo de Vargas*”. Su padre y mi tío materno habían sido secuestrados en fechas similares, trasladados al mismo centro de detención (el Arsenal Miguel de Azcuénaga), y es más que probable que compartieran lugar de encerramiento, incluso, que fueran ejecutados y arrojados al pozo en la misma fecha. Es evidente que bajo esta herida y a la luz de esta huella traumática resulta cuando menos imposible presentar aquí una investigación neutra u objetiva. Y mucho menos un reportaje de corte periodístico. La impronta y las cicatrices que supone compartir ese horror están presentes tanto en mi escritura como en las imágenes tomadas por su cámara de fotos. Y la perspectiva biográfica impregna de manera indeleble lo aquí presentado.



Fotografía 6: boca del pozo de Vargas, antiguo pozo de agua, construido a finales del siglo XIX por una empresa inglesa, para abastecer a los ferrocarriles argentinos. Fue utilizado como inhumación clandestina. De su interior, se han extraído restos de 111 personas, muchas de ellas fueron asesinadas en el Arsenal Miguel de Azcuénaga y posteriormente arrojadas en el pozo. Fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli.

Por otra parte, de los cuatro necrolugares que visitamos, solo uno de ellos no había tocado de manera directa nuestras historias familiares. Tanto Jefatura de Policía, en la que pasé los primeros meses de mi vida, detenida junto a mi madre antes incluso de nacer, para luego ser trasladadas a otras cárceles de la provincia, como el Arsenal Miguel de Azcuénaga y el pozo de

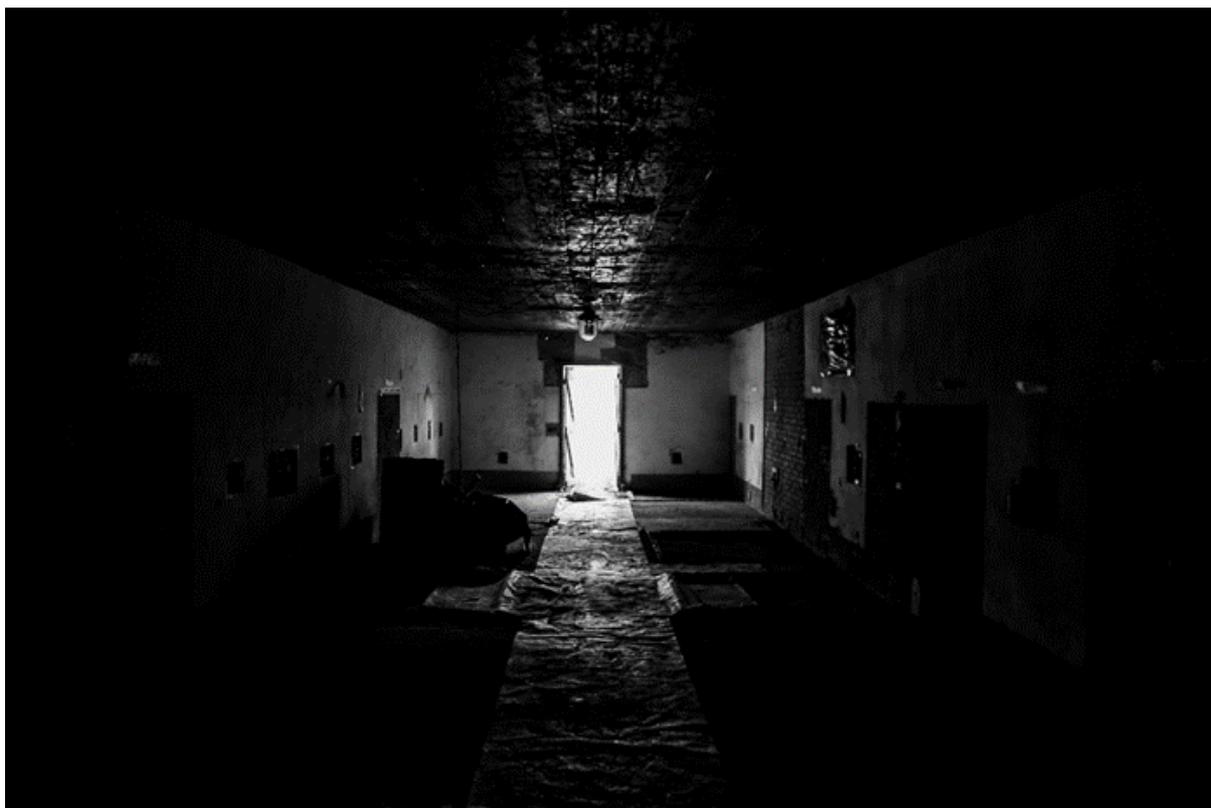
Vargas, atraviesan nuestra memoria e historias individuales de manera innegable. Las resonancias, los ecos y las réplicas de la violencia y el horror se fueron despertando en mi interior cada vez que cruzábamos el umbral de cada uno de estos lugares. Asumo, por tanto, la contaminación de mi escritura por esos sonidos, por los espectros que pueblan esos pasillos, fosas y galpones que hemos visitado. Las fotografías realizadas son, asimismo, un claro ejemplo de esas resonancias, y en todas ellas, además de su paradójica belleza, una tristeza infinita se hace presente.



Fotografía 7: edificio de Jefatura de Policía que sirvió para la reclusión de los prisioneros, entre los que se encontraban mujeres embarazadas y madres con niños de corta edad. Estas dependencias fueron utilizadas como centro de detención y tortura desde 1975. Estaban al mando del ejército y la policía tucumana y se sitúan en el centro mismo de la ciudad de San Miguel de Tucumán. Fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli.

Por estas razones, recalco en estas conclusiones que el análisis de los dispositivos de terror utilizados por la dictadura, así como de los lugares y emplazamientos visitados, se realiza desde esta perspectiva biográfica, tanto de la escritora como del fotógrafo. Asimismo, mi aproximación a los mismos se hace desde la filosofía, en tanto que disciplina teórica y propuesta política. No es, por tanto, una mirada antropológica, sociológica, ni siquiera psicológica la que acude a estos emplazamientos. Es el compromiso personal de entender el pensamiento y la filosofía como el entramado complejo de la vida, lo biográfico, con la palabra, el testimonio y lo colectivo. Lo que emerge de esos necrolugares, aquello que las fotografías de Sánchez Noli han sabido capturar, nunca podrá ser materia para el quehacer científico ni periodístico, pero no por ello menos ajeno a la verdad. A través de las palabras y las imágenes, entre ellas, se manifiesta algo que solo se muestra escabulléndose, aquello mismo que Heidegger decía que la filosofía antigua le había “arrebatado a los fenómenos”. Tal y como hemos señalado, la estrategia de la dictadura consistió

en gran parte en crear un espacio del terror. Pero de ese mismo espacio devastado aflora un tipo de temporalidad no cronológica al que tampoco los historiadores suelen tener acceso, a menos que participen de cierta poética¹⁶; un tiempo, una *corteza de la historia* hecha de memoria y de resonancias, de ritmos rotos pero también de esperanzas, de tiempos condicionales a la que ninguna segmentarización del espacio podrá nunca sepultar. Ese tiempo que logró escapar de aquel pasado, como un grito que no se apaga y que ningún presente puede aplastar en su actualidad no solo es la materia de la que están hechos nuestros sueños sino también el germen de todas nuestras resistencias.



Fotografía 8: interior del conocido galpón 9, donde se encontraba el centro de detención clandestina del Arsenal Miguel de Azcuénaga. En estas dependencias, los detenidos eran alojados y “tabicados”, esto es, separados por tabiques construidos expresamente para ello. Su estancia en el galpón solía ser de 15-20 días, tiempo suficiente para extraerles la información necesaria mediante sesiones de tortura, para luego ser ejecutados y arrojados en el sector de fosas (o trasladados, como posteriormente se ha demostrado, al pozo de Vargas). Fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli.

Por ello, propongo un abordaje fenomenológico de estos lugares, en un triple sentido de esta compleja disciplina filosófica: el primero de ellos, tal y como ya hemos analizado, tiene que ver con la perspectiva bachelardiana del *topos*, del lugar. Recordemos que Bachelard, en su estudio del espacio, como espacio de intimidad y acogimiento, nos propone un “topoanálisis”, en

¹⁶ Marisa González de Oleaga, por ejemplo, en sus trabajos sobre la memoria, nos propone una fórmula en este sentido y apela a una “historiografía poética” en la que, según la autora, no operaría una apropiación de los hechos históricos, sino un tipo de escritura-reescritura basada siempre en la inspiración y en el compromiso político y biográfico con el otro (2011; 2013).

un sentido espacial del término, dado que los recuerdos se alojan, enraízan en nuestro ser, resuenan en nuestro mundo. En este sentido, el trabajo que hemos realizado tiene que ver con cierta “fenomenología del alma” y de la memoria, a través de esas imágenes robadas al horror, captadas desde nuestro presente, pero que de alguna manera intentan escudriñar y sacar a la luz lo sucedido. Y he aquí el segundo sentido de fenomenología utilizado, mucho más primitivo y etimológico, asentado en el puro significado de *phainómenon*, entendido como la capacidad de acceder a las cosas mismas, al ser de las cosas, a través de la percepción, aunque, como en todo arte, alterando sus meras reglas sintácticas y gramaticales. ¿Y no es ahí precisamente donde reside la fuerza poética de la imagen? ¿No es esa la función de la fotografía, el dejar aparecer, dejar ver un espectro de luz, un acontecimiento, “un extra-ser” que, como decía Deleuze, insiste y resiste? Es probable que fuera esto lo que buscáramos: captar, a través de la palabra y de la imagen, superándolas, esa melancolía causada por el horror que de manera silenciosa habita en nosotros. Es posible, también, que, a través de esa intimidad o alma, atravesada por la catástrofe, seamos capaces de intervenir en la construcción de lo colectivo.



Fotografía 9: entrada al galpón 9. Arsenal Miguel de Azcuénaga. Fotografía de Juan Pablo Sánchez Noli.

Por último, y como tercer significado, nos hemos apoyado a lo largo de este trabajo en la llamada fenomenología responsiva de Waldenfels: responsiva en el sentido de responder, de asumir una respuesta ética, concretamente, ante lo otro, frente a lo extraño, ante aquella alteridad en ocasiones indigerible e inapropiable que vuelve desde el pasado y nos convoca, nos reclama, nos exige una agencia política. Retomar el trabajo de la memoria desde esa extranjería o extrañeza que el horror ha dejado en lo social, analizando sus consecuencias y secuelas, forma parte de esa responsabilidad ética que debemos asumir. A través de estos espacios invadidos por la maleza, de

esos ladrillos roídos por el tiempo, asoma una temporalidad espectral, analizada también en los textos de Derrida, que, como aquel tiempo nietzscheano, retorna eternamente exigiendo respuestas y responsabilidades. Resuena aquí esa inquietante sentencia de Virgilio que nos habla de las lágrimas de las cosas (*sunt lacrimae rerum*), de esos acontecimientos que destilan las cosas y, desde ella, nos preguntamos, desde nuestro presente, desde nuestras propias lágrimas y heridas, por los dolores y llantos infinitos que exudan estos lugares; ¿cómo hacer para que ese horror no nos contamine ni nos persiga en la actualidad? ¿Qué resonancias, ecos y reverberancias transmiten estas paredes, hoy recorridas por otras personas, captadas por otras miradas?, ¿Qué secuelas y cicatrices en la memoria, en nuestros cuerpos mismos, en lo social, han dejado estos edificios?, ¿Cómo convivir con ellos? ¿Acaso es posible resignificarlos, dignificarlos, sin que el abismo que esconden en su interior nos devore a nosotros mismos? Al igual que Didi-Huberman, tras su paso por Auschwitz, es más que probable que no encuentre nunca las respuestas a todas estas cuestiones, puesto que no he pretendido “hacer emerger, mirando al suelo, todo eso que él oculta. Interrogo solamente las capas de tiempo que habré tenido que atravesar antes para llegar hasta él, para que venga a reunir, aquí mismo, el movimiento –la inquietud– de mi propio presente” (Didi-Huberman, 2011: 65).

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (2015). "Territorio de Memoria 'Finca de Vargas' (Tucumán, Argentina)". VÁZQUEZ, C., CIARLO, N.C. (eds.). *Patrimonio Cultural: la gestión, el arte, la arqueología y las ciencias exactas aplicadas*. CABA: Nuevos Tiempos.
- AA.VV. (2010). "Las prácticas sociales genocidas en el Operativo Independencia en Famaillá, Tucumán. Febrero de 1975-marzo de 1976". *Actas de las Primeras Jornadas de Historia Reciente del NOA "Memoria, Fuentes orales y Ciencias Sociales"*.
- AA.VV. "Nueva Baviera: Historia de un Ingenio tucumano". CATTANEO et al. (Inédito).
- BACHELARD, G. (1957). *La poétique de l'espace*. Paris: PUF.
- BERTOTTI, M. C. (2009). "Inhumaciones clandestinas y simbolización de la muerte en los suburbios de San Miguel de Tucumán". *V Jornadas de Jóvenes Investigadores*. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- BERTOTTI, M. C., VEGA MARTÍNEZ, M. (2009). "Las resonancias sociales de la violencia producida por los procesos de desaparición en un barrio periférico de San Miguel De Tucumán". *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Asociación Latinoamericana de Sociología.
- CALVEIRO, P. "Memorias virósicas. Poder concentracionario y desaparición de personas en Argentina". *Acta Poética. Revista del Centro de Poética. Instituto de Investigaciones Filológicas* Vol. 24, 2 (2003).
- CALVEIRO, P. (2004). *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- CATTANEO, C. (2014). *El mapeo de la barbarie. Análisis de un paisaje: el ex Ingenio Santa Lucía como centro clandestino de detención. Dpto. Monteros, Tucumán (1975-1981)*. Tesina de Grado. Facultad de Ciencias Naturales e I.M.L. Universidad Nacional de Tucumán.
- CAVARERO, A. (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Barcelona: Anthropos.
- COLOMBO, P. "Espacio y desaparición: los campos de concentración en Argentina". *Isegoría. Revista de Moral y Política* 45 (2011).
- COLOMBO, P. "Del traslado de detenidos-desaparecidos o el espacio en movimiento: hacia una fenomenología de la percepción distorsionada". *Papeles de CEIC* 94 (2013).
- COLOMBO, P. (2017). *Espacios de desaparición. Vivir e imaginar los lugares de la violencia estatal (Tucumán, 1975-1983)*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- CRENZEL, E. (2001). *Memorias enfrentadas: el voto a Bussi en Tucumán*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán.

- CRENZEL, E. (2010). "El Operativo Independencia en Tucumán". ORQUERA, F. (comp). *Ese ardiente jardín de la República. "Formación y desarticulación de un "campo" cultural: Tucumán, 1880 – 1975*. Córdoba: Alción Editora.
- DELEUZE, G. (2014). *El poder. Curso sobre Foucault*. Buenos Aires: Cactus.
- DERRIDA, J. (1967). *L'écriture et la différence*. Paris: Editions du Seuil.
- DERRIDA, J. (1995). *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.
- DIDI-HUBERMAN, G. "Le lieu malgré tout". *Vingtième Siècle. Revue d'histoire*. 46 (1995): 36-44.
- DIDI-HUBERMAN, G. (2011). *Écorces*. Paris: Minuit.
- DÜRR, C. (2017). *Memorias incómodas. El dispositivo de la desaparición y el testimonio de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio*. Temperley: Tren en Movimiento.
- FEIERSTEIN D. (2007). *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FERRÁNDIZ, F. (2014). *El pasado bajo tierra. Exhumaciones contemporáneas de la Guerra Civil*. Madrid: Anthropos.
- FOUCAULT, M. (2001). *Dits et écrits II, 1976-1988*. Paris: Gallimard.
- FREUD, S. (1979): "Lo ominoso". *Obras Completas XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GARAÑO, S. "Soberanía, estado de excepción y seres matables en el teatro de operaciones del Operativo Independencia (Tucumán, Argentina, 1975-1977)". *Runa* 37(2) (2016): 5-24.
- GATTI, G. "Las narrativas del detenido-desaparecido (o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales)". *CONjines* 2/4 (2006).
- GONZÁLEZ DE OLEAGA, M. (2011). "(D)efecto de forma. Fascinación y mito en los relatos sobre utopías". GONZÁLEZ DE OLEAGA, M. y BOHOSLAVSKY, E. (eds.). *El hilo rojo. Palabras y prácticas de la utopía en América Latina*. Buenos Aires: Paidós: 303-324.
- GONZÁLEZ DE OLEAGA, M. (2013). "Tocar timbres o la utopía en el museo". GONZÁLEZ DE OLEAGA, M. (ed.). *En primera persona. Testimonios desde la utopía*. Barcelona: Ned-Gedisa: 301-320.
- ISLA, A., TAYLOR, J. "Terror e identidad en los Andes. El caso del noroeste argentino". *Estudios y Debates. Revista Andina* 13 (1995).
- JELIN, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- LAMPASONA, J. (2010). "Re-Configuraciones de la identidad. Reflexiones en torno a la figura de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención, Tortura y Exterminio". *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología.
- LAMPASONA, J. "Desaparición forzada en Argentina: entre la desaparición y la sobrevivida. O sobre la 'regla' y la 'excepción' en el despliegue de la tecnología de poder genocida". *Aletheia* Vol. 3, 6 (2013).

- MBEMBE, A. (2011). *Necropolítica*. Barcelona: Melusina.
- MELONI GONZÁLEZ, C. y ZURITA, R.D. (2018). “Biopolítica de la subversión: el museo como dispositivo de invención, construcción y mostración del enemigo. El caso de la Jefatura Central de Policía en Tucumán”, GONZÁLEZ DE OLEAGA, M., DI LISCIA, M.S. (eds.). *Dossier: Museos, lugares de memoria y democracia en Iberoamérica. A contracorriente: una revista de estudios lationamericanos*.
- OSLENDER, U. “Geografías del terror: un marco de análisis para el estudio del terror”. *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* Vol. XII, 270 (2008): 144.
- PERIS BLANES, J. (2017). “Testimonio y visualidad: de la visión del ciego a las imágenes del vacío”. SCARABELLI, Laura, CAPELLINI, Serena (eds). *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en Chile*. Milán: Di/Segni.
- PUGET, J. (2006). “Violencia social y psicoanálisis. De lo ajeno estructurante a lo ajeno-ajenizante”. PUGET, J., KAËS, R. (eds.). *Violencia de estado y psicoanálisis*. Buenos Aires: Lumen.
- VALENCIA, S. (2010). *Capitalismo gore*. Barcelona: Melusina.
- TELLO, M. “Historias de (des)aparecidos. Un abordaje antropológico sobre los fantasmas en torno a los lugares donde se ejerció la represión política”. *Estudios de Antropología Social-Nueva Serie* 1 (2016): 33-49.
- VILAS, A. (1977). *Manuscrito sobre el Operativo Independencia*. Buenos Aires: Bahía Blanca.
- WALDENFELS, B. “Respuesta de lo extraño. Rasgos fundamentales de una fenomenología responsiva”. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía* 14 (1997): 17-26.
- WALDENFELS, B. “Habitar corporalmente en el espacio”. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía* 32 (2004): 21-38.